

# Máquina de simular: la crisis de la Universidad en el siglo XXI\*

César Cansino\*\*

Omar Eduardo Mayorga-Gallardo\*\*\*

Para nadie es un secreto que la institución universitaria acusa en todas partes una severa crisis. Así lo constatan múltiples libros, ensayos y documentales que en conjunto ofrecen un panorama bastante desolador.<sup>1</sup> Las razones y las manifestaciones de esta crisis son muchas y muy variadas, pero la mayoría de los analistas coincide en que la Universidad ha sufrido un grave proceso de mercantilización que, inducido por sus respectivas burocracias según los imperativos dominantes del proyecto neoliberal, ha conducido a un desdibujamiento o el relegamiento de sus tareas sustantivas, como lo son la creación y la divulgación de conocimientos y saberes científicos originales y socialmente relevantes, para privilegiar en su lugar la mera competencia y la promoción de sus miembros, o sea, sus investigadores y profesores, con base en criterios de productividad y eficiencia cuantitativa. Asimismo, el triunfo del paradigma neoliberal como el único válido y legítimo para orientar los destinos de las instituciones de educación superior —tanto públicas como privadas— ha desalentado la discusión seria y profunda de proyectos alternativos en su seno, aunque cada vez surgen más voces críticas que hacen patente su inconformidad.<sup>2</sup>

Para fines prácticos, el modelo neoliberal de Universidad concibe a ésta como una empresa privada que debe ceñirse a las reglas del mercado para poder ser competitiva y rentable, aun a costa de imponer criterios administrativos antiacadémicos o extraacadémicos en detrimento del valor de la investigación, la producción editorial y la divulgación científica. Huelga decir que este nuevo *ethos* de la vida universitaria no sólo afecta a los universitarios sino también a sus sociedades, pues trastoca la razón de ser de la

---

\* Artículo de investigación Número Especial de Aniversario. Recibido el 17 de abril de 2020 y aceptado para su publicación el 18 de agosto de 2020.

\*\* Profesor investigador en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México. / [politicaparaciudadanos@gmail.com](mailto:politicaparaciudadanos@gmail.com) / [orcid.org/ 0000-0003-2369-9128](https://orcid.org/0000-0003-2369-9128)

\*\*\* Editor en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México. / [omargallardo10@gmail.com](mailto:omargallardo10@gmail.com) / [orcid.org/0000-0002-5093-2055](https://orcid.org/0000-0002-5093-2055)

<sup>1</sup> De la vasta literatura sobre el tema recomendamos los siguientes libros y artículos: L. Porter, *la Universidad de papel. Ensayos sobre la educación superior en México*, México, UNAM, 2003; N. Chomsky, “El trabajo académico, el asalto neoliberal a las universidades y cómo debería ser la educación superior”, *Bajo el Volcán*, México, BUAP, vol. 13, núm. 21, 2013, pp. 121-134; B. de Souza Santos y N. de Almeida Filho, *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad*, Sao Paulo, Miño y Dávila Editores; B. de Souza Santos, *Una epistemología del Sur*, México, Siglo XXI/CLACSO, 2009; C. Cansino, *Caja sin pandora. Prefacio a la muerte de la Universidad*, México, BUAP/Juan Pablos Editores (en prensa). Asimismo, los interesados en el tema no pueden dejar de ver el famoso documental “Ivory Tower”, en el cual se derrumban los mitos existentes sobre las universidades más prestigiosas de Estados Unidos (Netflix, 2014).

<sup>2</sup> Prueba de ello es que muy recientemente cientos de académicos en México hemos firmado una carta dirigida a los responsables de la política científica del país para protestar por lo que consideramos una incompreensión absoluta sobre el quehacer y la producción científica. Véase: [www.eluniversal.com.mx/articulo/ciencia-y-salud/ciencia/2017/07/13/acusan-conacyt-de-sofocar-la-capacidad-creativa-de-los](http://www.eluniversal.com.mx/articulo/ciencia-y-salud/ciencia/2017/07/13/acusan-conacyt-de-sofocar-la-capacidad-creativa-de-los).

enseñanza y la investigación, desdibujando su fin superior de contribuir al desarrollo integral de un país.

En virtud de ello, el tema es muy importante y actual, y requiere estudios puntuales que adviertan los riesgos de no enfrentar cuanto antes los aspectos disfuncionales que el modelo neoliberal de universidad impone. Para fines de este trabajo, examinaremos el tema en México y en particular el caso de las universidades públicas, con especial atención a las Escuelas y las disciplinas sociales y de humanidades. Más específicamente, analizaremos el desempeño de las principales instituciones responsables de definir, impulsar e implementar las políticas de ciencia, tecnología y educación superior en el país —el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) y la Secretaría de Educación Pública (SEP)—, bajo la premisa ya desarrollada en otra sede según la cual el fracaso de la Universidad en México tiene su origen, paradójicamente, en las malas políticas impulsadas por las instituciones responsables de promoverla.<sup>3</sup> En suma, examinaremos los siguientes aspectos: *a)* el efecto de las políticas neoliberales en la educación superior de nuestro país, particularmente las distorsiones provocadas a la investigación científica y la publicación de los resultados de investigación en ciencias sociales; *b)* los criterios con que se evalúa el trabajo de investigación y publicación de profesores e investigadores de ciencias sociales y humanidades; y *c)* el perjuicio cultural que implica traicionar una manera de pensar y estar en el mundo vinculada a la lengua en español. Con ello, aspiramos a impulsar un debate impostergable sobre el tema.

Nuestra tesis es que la concepción neoliberal que rige en las universidades públicas impone una serie de criterios que, en lugar de fomentar y estimular la producción de calidad en las áreas de ciencias sociales y humanidades, la inhibe sin remedio. Así, por ejemplo, colocando como rasero los criterios imperantes en las ciencias naturales, se privilegia la publicación de artículos de investigación en revistas especializadas en lugar de libros y ensayos, lo cual atenta contra estas formas de creación y comunicación tan arraigadas en nuestra tradición cultural y académica, y en general en todos los pueblos hispanoparlantes. En efecto, en este lado de Occidente, en los “*ínferos americanos*”, para usar la elocuente expresión de María Zambrano,<sup>4</sup> las políticas de investigación, producción y comunicación científica dominantes en la actualidad en nuestras universidades no sólo inhiben la creatividad, sino que violentan nuestra propia cultura y tradición de pensamiento.

Ciertamente, hay muchos académicos, burócratas e intelectuales que se ciñen dócilmente al credo neoliberal e incluso aplauden la concepción empresarial en sus universidades. Sin embargo, ellos también se ven sometidos a los desquiciantes criterios de evaluación de su producción académica fijadas por las políticas educativas dominantes, que, para decirlo trágicamente, miden más la cantidad de citas que la originalidad y la trascendencia social de la misma.

### El *ethos* neoliberal

---

<sup>3</sup> C. Cansino, “La chatarrización de la ciencia. El caso de México”, *Transatlántica de Educación*, México, Embajada de España en México, vol. 7, núm. 11, julio-diciembre de 2012, pp. 46-60 [existe una versión electrónica en: [textoshereticos.wordpress.com/2012/02/10/la-chatarrizacion-de-la-ciencia/](http://textoshereticos.wordpress.com/2012/02/10/la-chatarrizacion-de-la-ciencia/)].

<sup>4</sup> Como lo ilustra muy bien Agapito Maestre es su libro, *Viaje a los ínferos americanos*, Madrid, INFOVA, 2009.

De toda la literatura que examina el tema del neoliberalismo en México, el libro de Fernando Escalante Gonzalbo, *Historia mínima del neoliberalismo*, ofrece una de las explicaciones más sugerentes para comprender la manera en que este programa ideológico opera en las universidades contemporáneas, especialmente en los capítulos siete (“Una nueva sociedad”) y diez (“El opio de los intelectuales”). El neoliberalismo:

[...] es un conjunto de ideas, valores y lo que se puede llamar un imaginario social: una manera de entender la vida cotidiana, los avatares del trabajo, las relaciones sociales, un modo de interpretar nuestras propias aspiraciones. Nos pensamos, hablo de las sociedades occidentales básicamente, como individuos con intereses, motivos y propósitos propios (el propósito de acumular dinero, sobre todo), en competencia con otros individuos, todos con sus respectivos intereses, pero a los cuales no les debemos nada. El resto se deriva de ahí.<sup>5</sup>

El “momento neoliberal”, como llama el autor a esta época, es una interpretación lo suficientemente amplia que engloba todos los aspectos de la vida cotidiana, incluida, por supuesto, la educación. Lo que resulta interesante de esta visión es que el autor toma en cuenta la afectación cultural que las ideas y los programas neoliberales imprimen en el imaginario social más amplio de los países occidentales donde este programa incide, especialmente en la región hispanoamericana, opuesta por principio a las ideas ortodoxas de la Ilustración moderna. Por lo tanto, es de agradecer que Escalante Gonzalbo aborde la incidencia del programa neoliberal en la dimensión cultural y educativa, lo cual no deja de ser inusual en un medio intelectual donde la mayoría de los observadores prefiere considerar en sus análisis teorías y enfoques que poco o nada tienen que ver con la realidad cultural de nuestros países.

Como se sabe, la modernidad, entendida como expresión cultural de Occidente, se desdobló en América de manera paradójica. Los colonos británicos, movidos por su deseo irrefrenable de cumplir con su destino manifiesto, representan la antítesis de la expresión cultural del subcontinente americano, donde las ideas de la contrarreforma, mezcladas con las cosmovisiones de las culturas precolombinas, forjaron una cultura híbrida y superpuesta: las cosmogonías indígenas, la teología medieval y las ideas de la Ilustración moderna. Gracias a esta condición, nuestras creaciones intelectuales son más fértiles y sugerentes, pues en el horizonte de la cultura neoliberal, que para muchos representa el último escalón al que toda sociedad inteligente debe aspirar, los distintos desdoblamientos del pensamiento y la cultura hispanoamericana representan una zona creativa y liberadora que posibilita pensar la historia, aquilatar el presente y proyectar el futuro al margen de la degradada cultura capitalista. De ahí que el debate sobre los problemas de la educación superior en el seno de las sociedades democráticas occidentales, sólo represente la punta del iceberg de un problema mayor que ha inquietado las conciencias de muchos intelectuales y escritores desde hace, por lo menos, dos siglos.

Este debate no se genera en el seno de la cultura moderna anglosajona y sus obstinados epígonos, pues los estadounidenses, por ejemplo, se conciben a sí mismos como los forjadores del modelo cultural más acabado de Occidente en contraste con los diversos

---

<sup>5</sup> F. Escalante Gonzalbo, *Historia mínima del neoliberalismo*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 11-12.

tipos de modernidades alrededor del mundo. En nuestro caso, la modernidad hispanoamericana, a pesar de los siglos y de que nuestra cultura se haya secularizado progresivamente, en su dimensión privada (doméstica) todavía quedan rescoldos de una manera diferente de *ser* y *estar* en el mundo, propia de un “extremo Occidente” o de un “Otro Occidente”, para utilizar dos expresiones muy conocidas.<sup>6</sup>

Entrando en materia, la actual cultura cientificista es bisnieta de la modernidad ilustrada, cuyo linaje intelectual impele a sus partidarios a imponer unilateralmente una sola forma de entender el mundo, a la que ellos llaman “racional”, dando lugar a una violencia epistemológica que algunos han calificado como “colonialismo intelectual”.<sup>7</sup> Para el caso de las ciencias sociales y las humanidades, esta tendencia se ha vuelto problemática, pese a que no existe ningún argumento válido para suponer que la moda cientificista sea superior a otras perspectivas. Más aún, en el caso de las disciplinas que nos ocupan, la inmensa mayoría de las investigaciones producidas supuestamente bajo sus premisas, presentan graves problemas tanto metodológicos y conceptuales como de interpretación, amén de que aportan muy poco a la comprensión de sus sociedades. En el caso de México, además, la comunicación científica entre sus comunidades de investigadores y las de otros países ha sido pobre, por lo que poco abona al entendimiento y la transformación de nuestra realidad. Es como si los investigadores se instalaran en una torre de marfil cada vez más distante de la realidad en la que viven. Obviamente, este alejamiento se debe, entre otras cosas, a la forma en que está estructurado en nuestro país el sistema de estímulos a la investigación científica y su correspondiente agenda de investigación. Al respecto, Claudio Lomnitz,<sup>8</sup> por citar sólo un ejemplo, ha puesto el dedo en la llaga a propósito de la elección presidencial de Estados Unidos de 2016, en la medida que prácticamente todos los especialistas, tanto mexicanos como estadounidenses, desestimaron las posibilidades del candidato Donald Trump, quien finalmente se alzó con el triunfo. En este caso, el reproche es contra los “expertos”, aquellos que cultivan las ciencias sociales desde registros positivistas.

### *Desacademizar la Academia*

Debemos a Guillermo Sheridan esta aguda sentencia. Con ella, el ensayista mexicano quería llamar la atención sobre el hecho de que normalmente en las instituciones de educación superior se evalúa a los académicos, pero no así a los que administran la academia.<sup>9</sup> Acuñada en la década de los noventa, en franca alusión al caso de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), esta crítica adquiere cada vez más importancia en nuestro

---

<sup>6</sup> “Extremo Occidente” se debe a Alan Rouquié (*América Latina. Introducción al extremo Occidente*, México, Siglo XXI, 1987) y “otro Occidente” a José G. Merquior (“El otro Occidente. Un poco de filosofía de la historia desde Latinoamérica”, *Cuadernos Americanos*, México, UNAM, 1989, núm. 13, pp. 9-23).

<sup>7</sup> O. Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, Valencia, Valencia Editores, 1997; B. de Souza Santos, *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, Montevideo, Trilce, 2009.

<sup>8</sup> “México debe sacudirse ‘la tutoría’ de Estados Unidos: Lomnitz”. Entrevista publicada en *La Jornada*, 12 de noviembre de 2016 [<http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2016/11/12/mexico-debe-sacudirse-la-tutoria-de-estados-unidos>].

<sup>9</sup> G. Sheridan, “El SNI debe desaparecer”, *La Jornada Semanal*, México, 1 de junio de 1997, pp. 7-10.

país, a la luz de las actuales circunstancias de la universidad pública y de los sistemas de evaluación impuestos por instancias como el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) y el Programa de Mejoramiento del Profesorado (PROMEP). La crítica de Sheridan es implacable para quienes se encargan de administrar el conocimiento en el seno de la universidad (el bando de los burócratas), por cuanto han desvirtuado el sentido de la academia mediante procesos administrativos que inhiben el desarrollo normal (o deseable) de la docencia, la investigación y la comunicación de la ciencia. Es precisamente esta circunstancia la que ha conducido a la “*desacademización* de la academia”.

Obviamente, el hecho de que la administración del conocimiento por parte de los burócratas no se evalúe (ni dentro ni fuera de las universidades), en contraposición a las evaluaciones sistemáticas de las que sí son objeto los docentes e investigadores, representa un verdadero problema en la medida que predomina en nuestras universidades una concepción a todas luces antiacadémica, fundada en ideas, valores y principios de la empresa privada. En efecto, el “momento neoliberal”, como señala Escalante Gonzalbo, consiste en que las formas de organización de la burocracia privada se hayan transportado a la administración pública; en este caso, a las universidades.<sup>10</sup>

Por lo que a la educación se refiere, el neoliberalismo ha trastocado el sentido originario de la Universidad. Más aún, el programa neoliberal necesita de las universidades para socializar y expandir sus valores y orientar (a través de docentes, burócratas y estudiantes) el *ethos* correspondiente a una cultura que no ofrece a los seres humanos ningún sentido trascendente de su existencia, más allá de satisfactores inmediatos y materiales.<sup>11</sup>

Como ha señalado el sociólogo Zygmunt Bauman, la concepción neoliberal del ser humano no es otra que la radicalización de la existencia individual en todas las esferas de la vida sin mostrar interés en el otro, en los asuntos colectivos. En este sentido, del mercado y su fetichización no podemos esperar más que el tratamiento de personas-objeto o personas-mercancía, lo cual retrata de manera dramática la fragilidad de los vínculos humanos en la época contemporánea (“modernidad líquida”).<sup>12</sup> En todo caso, bajo este cielo ideológico, y por lo que respecta a los académicos, su función no es distinta a los engranes y las poleas de una gran máquina impersonal (la máquina de simular), que no necesita de sus conciencias, sino de su disciplina y conformidad infinita, de tal suerte que pueden ser considerados como una clase social particular, el “proletariado intelectual”. El resultado es una universidad sin orientación social, donde la mayoría de los académicos más que compartir saberes originales y socialmente útiles se han vuelto especialistas en acumular puntos para su propia promoción personal, en un juego perverso de simulaciones y engaños.<sup>13</sup>

Este trágico panorama no es del todo apocalíptico. La solución que nos queda a los académicos es precisamente aplicar la fórmula sheridana, pero de manera inversa:

---

<sup>10</sup> F. Escalante Gonzalbo, *Historia mínima...*, cit., p. 14.

<sup>11</sup> Con las distancias guardadas, este reclamo es similar al que suscribió el escritor Octavio Paz respecto a las democracias capitalistas modernas, y que ha sido objeto de múltiples referencias, como lo recuerda José Antonio Aguilar Rivera en un capítulo del libro: *Aire en libertad. Octavio Paz y la crítica* (FCE/CIDE, 2015).

<sup>12</sup> Z. Bauman, *Modernidad líquida*, México, FCE, 2000.

<sup>13</sup> Véase C. Cansino, “La chatarrización de...”, cit.

*academizar la burocracia*. Sí, aspirar a que la vida académica en las universidades mexicanas vuelva a su cauce original y que seamos los académicos los verdaderos protagonistas de las orientaciones que deben seguir las universidades. En efecto, como veremos a continuación, los académicos deberíamos organizarnos para resistir las políticas y los procesos administrativos antiacadémicos en nuestras respectivas instituciones.

### ¿Citas o lectores?

Recientemente, la prensa y varias revistas académicas de Colombia han venido evidenciando el descontento de cientos de científicos, editores e investigadores de ese país hacia *a)* las políticas de estímulo a la investigación y *b)* los criterios de evaluación para revistas de investigación y el trabajo de los investigadores, actividades concatenadas que forman parte de un proceso más amplio.<sup>14</sup>

Este malestar concitó a los editores de más de 65 revistas académicas a suscribir la “Declaración de las Revistas Latinoamericanas” y la “Declaración del III Encuentro de Editores Bonaventurianos”. Ambos documentos y algunos otros textos sobre este tema publicados en diversos sitios, han denunciado desde hace tiempo que: “el sistema capitalista neoliberal ha comercializado la ciencia, la educación y sus productos a través de *rankings* y de indizaciones pagadas. Tenemos muchos titulados y escaso pensamiento crítico”.<sup>15</sup>

La comercialización del conocimiento científico es verdaderamente escandalosa y cada día se denuncian más casos de deshonestidad académica y escasa ética empresarial. Basta mencionar el reciente caso de Google para ilustrar lo corrompido del medio académico estadounidense. El pasado 14 de julio, *The Wall Street Journal* publicó una editorial donde se lee lo siguiente:

Google pagó entre 5 y 400 mil dólares a investigadores de universidades de élite (Harvard, California-Berkeley, etcétera) para influir en la opinión y las políticas públicas [de aquel país], con objeto de vencer las regulaciones. Google ha sufragado a profesores cuyos artículos, por ejemplo, declaran que la recolección de datos sobre consumo era un intercambio justo por los servicios gratuitos recibidos; que la empresa no utilizó su dominio del mercado para dirigir de forma inapropiada a los usuarios a los sitios comerciales de Google o a sus anunciantes; y que no ha anulado injustamente a los competidores. Varios artículos argumentan que el motor de búsqueda de Google debería permitir vincularse a libros y otras propiedades intelectuales que los autores y editores argumentan que deberían pagarse. Entre los inconformes se encuentra News Corp., empresa que se quejó formalmente ante

---

<sup>14</sup> Al respecto véase C. A. Galindo, J. F. Gómez y M.A. Rodríguez, “Repercusión del proyecto neoliberal en la Educación Superior”, *Ágora USB*, Medellín, vol. 15, núm. 1, enero-junio de 2015, pp. 73-94.

<sup>15</sup> Véase E. Borja Bedoya y A. Insuasty Rodríguez, “Revistas de pensamiento y el nuevo modelo de medición de revistas en Colombia”, *V8*, núm. 2, julio-diciembre de 2016, pp. 122-127 [[www.researchgate.net/publication/316116458\\_Revistas\\_de\\_pensamiento\\_y\\_el\\_nuevo\\_modelo\\_de\\_medicion\\_de\\_revistas\\_en\\_Colombia](http://www.researchgate.net/publication/316116458_Revistas_de_pensamiento_y_el_nuevo_modelo_de_medicion_de_revistas_en_Colombia)].

los reguladores europeos sobre el manejo de artículos de noticias de Google en los resultados de búsqueda.<sup>16</sup>

El antecedente de los colegas colombianos resulta muy interesante y sugestivo para la comunidad científica de México que desea enfrentar la crisis de sus propias universidades. Ni duda cabe que el afán de lucro permea todos los órdenes de la vida social, incluida la academia y la investigación científica. De ahí que academizar la burocracia también signifique transparentar no solo la hechura de la política científica de nuestro país, sino la asignación y la administración de recursos provenientes del CONACYT y la SEP federal. Por lo demás, esta iniciativa es parte sustantiva de las prerrogativas que la ley de ciencia y tecnología concede a los académicos mexicanos. Basta mirar el artículo XII, fracción III, que a la letra dice:

La toma de decisiones, desde la determinación de políticas generales y presupuestales en materia de ciencia, tecnología e innovación hasta las orientaciones de asignación de recursos a proyectos específicos, se llevará a cabo con la participación de las comunidades científica, académica, tecnológica y del sector productivo y de servicios.<sup>17</sup>

Pero ya que tocamos el tema de la comunicación científica, veamos la situación que guardan actualmente las revistas de investigación científica y tecnológica en nuestro país.<sup>18</sup>

En una reunión organizada a propósito de la celebración del setenta y cinco aniversario de la *Revista Mexicana de Sociología*, en la que participaron, entre otros, Philip Oxhorn (Director de la *Latin American Research Review*) y Roger Bartra (Investigador Emérito del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM), se discutió, entre otros asuntos, el futuro de las revistas académicas en ciencias sociales a la luz de la revolución digital, la globalización de la ciencia y las políticas editoriales, en este caso de la UNAM y el CONACYT. La participación de Bartra reparó en la pregunta que da título a este apartado y expuso varios argumentos en contra de lo que son y se han convertido, a su juicio, las revistas científicas en ciencias sociales:

[...] inmensos bancos de datos, depósitos, archivos de artículos que reflejan, cada una a su manera, la situación de la disciplina a la que se dedican; están dirigidas básicamente a especialistas y tienen la peculiaridad de ser pozos que acumulan cantidades muy importantes de información [...] se convierten, lo sabemos muy bien, en un pilar muy importante en la construcción del currículo académico de los autores.<sup>19</sup>

---

<sup>16</sup> *The Wall Street Journal*, 12 de julio 2017 [<https://www.wsj.com/articles/paying-professors-inside-googles-academic-influence-campaign-1499785286?mod=e2tw&mg=prod/accounts-wsj>]. Fecha de consulta: 12 de septiembre de 2017].

<sup>17</sup> Véase la *Ley de Ciencia y Tecnología* (última reforma publicada en el *Diario Oficial de la Federación* el 20 de mayo de 2014) [[http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/242\\_081215.pdf](http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/242_081215.pdf)].

<sup>18</sup> Al respecto, recomendamos la lectura del artículo: "La reinterpretación de visibilidad y calidad en las nuevas políticas de evaluación de revistas científicas", de Juan Pablo Alperin y Cecilia Rozemblum [<https://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/RIB/article/view/327794>].

<sup>19</sup> R. Bartra. "Las revistas científicas en la revolución digital: ¿citas o lectores?", *Revista Mexicana de Sociología* (Mesa Redonda: "El futuro de las revistas de Ciencias Sociales"), México, vol. 77, suplemento, julio de 2015, p. 33.

Esta orientación de las revistas mexicanas de investigación en ciencias sociales y humanidades que promueve el CONACYT parece tener varios propósitos que, vistos en conjunto y detalladamente, poco abonan a la discusión y la solución de los problemas nacionales más relevantes. De ahí que Bartra, después de caracterizar a las revistas no académicas como de alta divulgación, frecuentadas por los propios científicos, dirigidas a públicos más amplios, y que sí incorporan en su agenda artículos que discuten el presente de la situación del país, ponga el dedo en la llaga y lance la pregunta a los editores: “¿quieren más citas académicas o más lectores?”

Esta pregunta nos devuelve irremediabilmente al tema de la “*desacademización de la academia*” en su vertiente editorial y, más aún, al tema de la mercantilización de la ciencia y sus nefastas consecuencias, la “*chatarrización de la ciencia*”, como lo definimos en otro trabajo.<sup>20</sup>

En su convocatoria más reciente para revistas académicas, el CONACYT, a través de su Programa de Ciencia, Tecnología e Innovación 2014-2018, sustituyó el índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica por el Sistema de Clasificación de Revistas Mexicanas de Ciencia y Tecnología (CRMICYT). En el fondo, este sistema tiene por objeto evaluar a las revistas mexicanas con metodologías bibliométricas procedentes de dos empresas oligopólicas que concentran el mayor número de información científica en el mundo: Web of Science y Elsevier. Esta decisión, que por supuesto fue unilateral y se asumió sin consultar a las Instituciones editoras de las revistas (universidades públicas, asociaciones científicas y centros e institutos de investigación en el país), ni mucho menos a los directores y los editores responsables, merece una reflexión detallada, por cuanto ilustra muy bien las implicaciones de una política que le hace el juego a los imperativos del mercado.

### Comunicar es ensayar

Si bien es cierto que, gracias a las bondades de las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (NTICS), el artículo científico se ha consolidado sin cuestionamiento como el principal canal de comunicación científica en el orbe, también lo es que dicho género no siempre resulta apropiado para las ciencias sociales y las humanidades, no sólo por la forma en que debe organizarse el texto, sino porque el objeto de estudio de estas disciplinas son seres humanos con múltiples interacciones en distintas dimensiones sociales, lo cual hace imposible seguir, a pie juntillas, los manuales de escritura científica que, dicho sea de paso, están pensados para comunicar los avances y los resultados de las llamadas ciencias naturales. En parte, en esto reside el problema de fondo; o sea, en pretender meter en el mismo saco dos áreas de conocimiento distintas —las sociales y las humanidades, por una parte, y las físicas o naturales, por la otra—. Las razones de esta obstinación tienen que ver, nos parece, con seguir ciegamente la moda científicista que se ha impuesto en todas las áreas del conocimiento.

Si por ciencia entendemos con Ruy Pérez Tamayo aquella “actividad humana creativa cuyo objetivo es la comprensión de la naturaleza y cuyo resultado es el

---

<sup>20</sup> C. Cansino, “La chatarrización de...”, *cit.*

conocimiento [...], [por lo que] limita su campo de interés y de acción a la *naturaleza*, o sea que todo lo que no forma parte del mundo objetivo y real (no he dicho material) está fuera del universo científico”,<sup>21</sup> entonces, las ciencias sociales y las humanidades, al tratar exclusivamente temas relacionados con el mundo de los seres humanos y sus interacciones sociales y culturales, no se aviene plenamente a la categoría de ciencia; y tampoco tendríamos que preocuparnos por demostrar denodadamente su estatuto epistemológico.

Aquí conviene recordar algunos argumentos que expusimos en otro trabajo: “Lo que debe calificarse más que otra cosa es si la obra de un investigador se discute, o sea, si genera debate, modifica percepciones sobre los asuntos abordados, genera opinión pública, trasciende socialmente, algo muy distinto en el caso de las ciencias exactas, donde lo que se califica es exclusivamente la contribución científica”. O esta otra: “en las ciencias sociales y las humanidades la calidad de una obra no puede establecerse exclusivamente por su mayor o menor apego a los paradigmas científicos dominantes o de moda, lo cual siempre será arbitrario y subjetivo, sino por su mayor o menor trascendencia tanto para los pares como para la sociedad”.<sup>22</sup>

En parte, lo anterior explica porque muchos académicos de las ciencias sociales y las humanidades se convierten en intelectuales públicos: migran de sus cubículos hacia la esfera pública, participando activamente en los debates de la agenda política y social nacional e internacional. Estos intelectuales, que pueden ser académicos o no, se organizan en torno a revistas no especializadas (culturales o de pensamiento) para participar activamente en el debate de asuntos socialmente trascendentes. Obviamente, sería imposible difundir la ciencia, llevarla a los ciudadanos de un país, si el género de escritura le resultara incomprensible al gran público. Es decir, las revistas especializadas de investigación han desdibujado su función pedagógica y social, para convertirse en meros depósitos de información especializada que sólo interesan a unos cuantos, pero que nada tienen que decir al ciudadano medio para orientar su vida pública.

Por su parte, el género de escritura que privilegian estas revistas especializadas —el artículo científico—, está atrapado en formalismos estériles. Contrariamente, como sabe cualquiera que lo ha cultivado, el género del ensayo permite poner en circulación ideas o conjuntos de ideas sobre un tema académico o no, en un lenguaje no necesariamente docto o abstracto. Lo que esta forma de escritura propone es discurrir libremente sobre un asunto o materia sin pretender ser exhaustivo ni mucho menos categórico o prescriptivo, sin falsas pretensiones de universalidad. De ahí precisamente que la literatura hispanoamericana haya sido desde siempre una fuente imprescindible para conocer la historia y el presente de nuestras sociedades, más allá de las anteojeras teóricas pedantes y ostentosas. De ahí también, la sentencia desarrollada en otro lugar, según la cual existe con más frecuencia de lo que se cree más sabiduría política en una buena novela que en un tratado de ciencia política.<sup>23</sup>

Por lo tanto, el ensayo, a diferencia del artículo científico, insondable y socialmente irrelevante, camina del lado de la vida, coadyuvando a que los ciudadanos se involucren en

---

<sup>21</sup> R. Pérez Tamayo, “¿Qué es la ciencia?”, *Crónica*, México, 12 de abril de 2016, p. 3.

<sup>22</sup> C. Cansino, “La chatarrización de...”, *cit.*

<sup>23</sup> C. Cansino, *La muerte de la ciencia política*, México, Debate, 2010, p. 239.

la cosa pública. Que el ensayo camine entre el arte y la ciencia, no le resta fuerza ni hondura, que privilegie la argumentación más que la demostración empírica, no lo hace menos, sino todo lo contrario. No es casual que Hispanoamérica sea pródiga en ensayistas y literatos, no así en científicos y tratadistas. Por lo demás, nadie ha definido mejor este género literario que el gran Alfonso Reyes, definición que siempre es un deleite releer:

El ensayo es el centauro de los géneros. Un inspector de centauros difícilmente entenderá el juego, si cree que el centauro es un hombre a caballo; si cree que el caballo es simplemente un medio de transporte. El ensayo es arte y ciencia, pero su ciencia principal no está en el contenido acarreado, sino en la carretilla; no es la del profesor (aunque la aproveche, la ilumine o le abra caminos): su ciencia es la del artista que sabe experimentar, combinar, buscar, imaginar, construir, criticar, lo que quiere decir, antes de saberlo. El saber importante en un ensayo es el logrado al escribirlo: el que no existía antes, aunque el autor tuviera antes muchos otros saberes, propios o ajenos, que le sirvieron para ensayar.<sup>24</sup>

### Desbordarse para avanzar

En otro espacio hemos analizado algunas de las consecuencias que para las ciencias sociales ha tenido el paradigma cientificista dominante.<sup>25</sup> Retomamos a continuación dicho análisis con el ánimo de ilustrar que un paradigma no es superior a otros por el hecho de estar de moda, ni un género de comunicación de saberes es superior a otros porque así lo postulan los partidarios de ese mismo paradigma. Más aún, consideramos que a las ciencias sociales dominantes en el mundo les vendría muy bien liberarse en parte de su obsesión metodológica, de las presunciones de su metodología cientificista, de su imposible aspiración a la neutralidad valorativa, de su débil sensibilidad por la historia, la cultura y el cambio social, sin renunciar necesariamente al rigor y la claridad conceptuales que las caracteriza.

Quien analice la evolución de las ciencias sociales de la posguerra a la fecha, observará en primer lugar la creciente tendencia a la especialización de la que han sido objeto. Al tiempo que la realidad social se ha tornado más y más compleja, los instrumentos analíticos y los enfoques metodológicos a partir de los cuales se intenta conocerla y explicarla se han multiplicado considerablemente.

Pero los productos visibles de dicha tendencia —las decenas de disciplinas y subdisciplinas sociales que hoy conocemos—, terminan pronto por encontrarse con sus propios límites, derivados de la parcialización de la realidad que se ven obligadas a operar con fines heurísticos. En ese momento, los esfuerzos iniciales realizados por sus respectivos cultivadores en el sentido de legitimar su existencia frente a otras disciplinas sociales, se transforma en preocupación por tender puentes con esas mismas disciplinas a fin de trascender el reducido ámbito de competencia que las caracteriza.

En muchos casos, la especialización en las ciencias sociales contemporáneas ha conducido no sólo a una parcialización de la realidad, sino también a una creciente irrelevancia,

---

<sup>24</sup> A. Reyes, *Apuntes para una teoría literaria*, en *Obras Completas*, vol. XV, México, FCE, 1977, p. 58.

<sup>25</sup> C. Cansino, *La muerte de...*, *cit.*

pues por esta vía se dejan de encarar los grandes problemas que aquejan a nuestras sociedades. Lo macrosocial parece escapar del ámbito de la explicación científica.

Si a lo anterior se suma la pluralidad de enfoques o paradigmas que coexisten dentro de las ciencias sociales constituidas, difícilmente puede afirmarse que éstas atraviesan por lo que Thomas S. Kuhn llamaba una fase de “normalidad”.<sup>26</sup> Lejos de ello, las ciencias sociales experimentan una etapa de crisis (que no de revolución, pues no hay evidencia de un nuevo paradigma en proceso de sustituir a los existentes) que deriva precisamente del pluralismo teórico, pero también de sus propios déficit en la producción de saberes generalizables, avalorativos, empíricos y objetivos. En otros términos, las ciencias sociales de la posguerra nacieron con expectativas de cientificidad muy elevadas, que la realidad humana, impredecible y contingente, se ha encargado de debilitar.

No obstante, ha sido precisamente la especialización la que ha permitido los mayores logros dentro del programa científico neopositivista, aunque ello se haya realizado en detrimento de la comprensión de los grandes fenómenos sociales, en su expresión más global e integradora. De esto se desprende que la producción de saberes científicos sobre lo social en su versión más empiricista requiera de la acumulatividad de conocimientos y experiencias dentro de una disciplina particular; es decir, exige el involucramiento del científico social en un campo especializado de reflexión.

Sin embargo, si el investigador asume como fundamental superar la parcialidad de sus descubrimientos relativos a su específico ámbito de competencia, deberá hacer un esfuerzo adicional por complementar su disciplina con otras afines. En esta operación seguramente se perderá en cientificidad, pero, en contrapartida, se ganará en comprensión. Esta es quizá la manera moderna de conciliar explicación y comprensión, tal y como han sido argumentadas por la filosofía de la ciencia desde hace mucho tiempo. Hoy no es posible despachar a las ciencias sociales que nacieron bajo el paradigma neopositivista, en virtud de sus déficits explicativos. Pero la ciencia social tampoco debe renunciar a la pretensión de dar cuenta de los fenómenos sociales en un nivel de generalidad superior.

De acuerdo con lo anterior, toda disciplina social que aspire a mantener un lugar dentro de las ciencias sociales constituidas debe recorrer un doble camino: el de su especificidad y el de su complementariedad con otras disciplinas. El primer camino permitirá ganar en cientificidad, y el segundo impedirá caer en la trivialidad. Pero la complementariedad puede ser leída de distintas maneras. De hecho, hoy existen varios conceptos para definirla y orientarla, tales como multidisciplinariedad, interdisciplinariedad y transdisciplinariedad. Es momento pues, de una precisión conceptual, para seguir avanzando.

He aquí un tema y un debate llamado a permear a las ciencias sociales de hoy y de mañana: la necesidad cada vez más evidente de *desbordar* las disciplinas sociales constituidas hacia un tipo de conocimiento capaz de hacerse cargo tanto de la multidimensionalidad de los problemas de la sociedad, como de nuevos saberes que den cuenta del “sin lugar”, es decir, de espacios de frontera atípicos que ya no caben en ninguna de las disciplinas conocidas. El debate, por su parte, tiene que ver con la pertinencia o no de avanzar en esa dirección y las maneras de proceder.

---

<sup>26</sup> T. Kuhn, *La estructura de la revolución científica*, México, FCE, 1981.

En un artículo muy sugerente sobre el tema, Jesús Martín-Barbero intenta establecer las diferencias entre multidisciplinariedad, interdisciplinariedad y transdisciplinariedad.<sup>27</sup> De entrada, cada uno de estos conceptos refiere a formas específicas de articulación o interrelación de distintos saberes o disciplinas, los cuales pueden colocarse en un *continuum* que va de menos a más complejidad. Así, lo *multidisciplinario* tiene que ver con la acción de aportarle a una disciplina los saberes de otras, por tanto, ahí no se sale del cuadro de las disciplinas, son unas disciplinas aportando datos o resultados de la investigación a otras disciplinas (es, por ejemplo, lo que puede hacer la economía para la investigación histórica o viceversa, lo que puede hacer la psicología para la antropología o viceversa). La *interdisciplinariedad* implica una primera ruptura al trasladar *métodos* de una disciplina a otra, lo que afecta al estatuto de lo disciplinario en forma mucho más honda y fuerte, ya que ello viene a trastornar el funcionamiento de la disciplina (por ejemplo, los métodos de la física nuclear transferidos a la medicina, posibilitando un avance enorme en el tratamiento del cáncer, pero también de método). La *transdisciplinariedad*, finalmente, es una ruptura de otro nivel, una que *desborda* las disciplinas *sacándolas de sí* mismas; más que un movimiento de mera descentralización es uno de descentramiento de lo disciplinar, de apertura no meramente táctica sino de *pérdida de fe* en sí misma, que es lo que sucede cuando una disciplina empieza a *sentir que no es dueña de su objeto*.<sup>28</sup>

Es por ello que la transdisciplina se coloca en un nivel superior de complementariedad. Siguiendo con Martín-Barbero, la transdisciplina no sólo quiebra-abre las disciplinas, sino que las desborda por el establecimiento de unas relaciones cada vez más densas no sólo entre ciencias exactas y ciencias humanas o sociales, sino de las ciencias con las artes, la literatura, la experiencia común, la intuición, la imaginación social. Pues no se trata sólo de una interacción de discursos en términos de lógicas científicas sino también de la interacción de discursos en términos de *diversidad* de lenguajes y narrativas.<sup>29</sup>

En nuestra opinión, más allá de su potencial para hacernos cargo de manera cada vez más creativa e imaginativa de la complejidad social y para pensar desde el mundo, o sea desde la experiencia, la transdisciplinariedad, lejos de ser una moda académica, es una necesidad para combatir la ignorancia, o sea, es una actitud que está *in nuce* en todos nosotros.

No ignoramos las muchas objeciones que algunos científicos sociales y filósofos de la ciencia han dirigido a las tentativas transdisciplinarias. Así, por ejemplo, el filósofo Roberto Follari ha dicho que la unión interdisciplinar no tiene nada de “natural” sino que siempre es precaria y problemática. Las ciencias no se constituyen desde el *continuum* de lo real, sino desde las discontinuidades de los puntos de vista racionales que estatuyen los objetos teóricos diferentes. En ese sentido, concluye Follari, la especificidad de las disciplinas no es una “maldición” que hay que superar, ni hay razones para afirmar que la científicidad es una

---

<sup>27</sup> J. Martín-Barbero, “Transdisciplinariedad. Notas para un mapa de sus encrucijadas cognitivas y sus conflictos culturales”, Ponencia en el Congreso Internacional: “Nuevos paradigmas transdisciplinarios en las ciencias humanas”, Universidad Nacional, Bogotá, abril de 2003.

<sup>28</sup> *Idem.*

<sup>29</sup> *Idem.*

especie de rémora de la que hay que desprenderse.<sup>30</sup> Sin embargo, para nosotros, la única posibilidad que las ciencias sociales tienen para superar sus marcadas insuficiencias es desbordándose hacia otros saberes.

Más aún, con la transdisciplinariedad muchas cosas están en juego, pero sobre todo la viabilidad misma de las ciencias sociales. Ni duda cabe que las disciplinas sociales no han acompañado los últimos cambios políticos y culturales de nuestras sociedades sino tangencialmente. El discurso científico social ha sido en este terreno desplazado por el discurso especializado y pragmático de los técnicos o el discurso vacío e interesado de los políticos. Esto es así en buena medida por las propias inconsistencias del discurso académico, bastante heterogéneo, disperso (en el que no existe consenso sobre cuestiones medulares) no comprometido y muy desubicado. De ahí que las ciencias sociales deben repensarse a sí mismas si es que aspiran a salir de su actual ostracismo. Una posibilidad que merece considerarse, en sintonía con las directrices de las nuevas sociedades del riesgo, es acercarse a los saberes de frontera de manera transdisciplinaria, es decir, considerar como objeto los desafíos que plantean el caos y el descentramiento de la modernidad.

Obviamente, el diálogo y el contacto entre disciplinas resulta insustancial si las ciencias sociales no están dispuestas a “debilitar” (en su acepción posmoderna) los rígidos fundamentos empiricistas y formalistas impuestos por el cientificismo dominante. De lo que se trata, entonces, es de que las ciencias sociales se desborden entre sí y sean invadidas por otras miradas y enfoques, con el fin de ofrecer mejores respuestas a las grandes interrogantes que hoy nos plantea la creciente complejidad de lo social. En el intento, puede darse el caso que nuestra búsqueda nos lleve, por ejemplo, a la literatura o el cine, por más transgresivo que ello parezca.

Situados en este cruce de caminos, *pensar* la realidad social parece requerir de varios anclajes: obviamente, la aproximación filosófica; pero también las perspectivas de los saberes sociales y políticos que centran su atención tanto en el análisis de las representaciones simbólicas como en su realidad institucional; y, finalmente, la mirada versátil de la literatura y las artes en general. Mientras que el científico social ortodoxo aspira a reducir a categorías empíricas impermeables la complejidad del mundo que observa —verdaderas camisas de fuerza—, el científico social heterodoxo no tiene más límite que su imaginación y su talento, los cuales habitan más en el ensayo que en el *paper*, para usar una expresión en inglés muy conocida que nos conecta con el tema del siguiente apartado.

### Pensar en español

Además de la tiranía del artículo científico y las revistas especializadas en la concepción dominante de la ciencia y la tecnología, existe otra que nos lleva irremediablemente a alinearnos dócilmente a los saberes y los conocimientos que provienen de otras latitudes: la tiranía del idioma inglés, promovida por los partidarios del cientificismo en boga, sin

---

<sup>30</sup> R. Follari, “Problematizing Interdisciplinarity. The Totalizing Tentation”, Ponencia en el Coloquio: “Social Sciences and Transdisciplinarity: Latin American and North American Experiences”, Centre for Development Area Studies, Mc Gill University, Montreal, septiembre de 1999.

reparar que medio billón de personas en el mundo hispánico organiza su pensamiento y proyecta su vida en español.<sup>31</sup>

Es cierto que el inglés, especialmente en algunas áreas de la ciencia, como en las mal llamadas “ciencias duras”,<sup>32</sup> es el idioma de comunicación por excelencia, independientemente del país donde se origine la investigación. Sin embargo, para el caso de las ciencias sociales y las humanidades esto es relativo, amén de que la tiranía del inglés y la consecuente erradicación de otras lenguas puede resultar altamente contraproducente. Pese a ello, las políticas de estímulo a la investigación y la comunicación de la ciencia en nuestro país, tanto del CONACYT como de la SEP, califican mejor a los investigadores que publican en inglés por considerar absurdamente que este idioma es sinónimo de calidad científica. Si algún día los burócratas revisaran, aunque sea someramente, algo de lo que se publica en muchas revistas especializadas de habla inglesa, se darían cuenta que no todo lo que brilla es oro y que la lengua de Shakespeare no es mejor que la de Cervantes para comunicar conocimientos académicos. Por lo demás, no hay nada más lastimoso y humillante para la cultura en lengua española que se menosprecie su matriz cultural, o sea, el idioma.

Que históricamente en Hispanoamérica se haya desdeñado o descuidado su propia tradición de pensamiento para abrazar otras provenientes de los centros hegemónicos en el orbe, no significa que no contemos con un pensamiento propio y original, totalmente distinto a otros, como el idealista alemán o el empirista anglosajón. Basta incursionar en la línea de pensamiento que a partir del humanismo vitalista de José Ortega y Gasset impulsó a algunas de las mentes más brillantes de nuestra lengua para crear un saber auténtico que respondiera a nuestro temperamento; es decir, a nuestra forma particular de ser y estar en el mundo, y que poco tiene en común con otras tradiciones intelectuales. Piénsese si no en autores como María Zambrano o Alfonso Reyes, José Vasconcelos o Mariano Picón-Salas, José Lezama-Lima o Jorge Luis Borges, Octavio Paz o Gabriel Zaid..., todos interesados más en la fecunda polisemia del lenguaje que en el rigor de los conceptos omniabarcantes, en la ligereza del ensayo que en la pesadez del tratado, en la humildad del pensamiento que en la soberbia del racionalismo, en la fecundidad de la experiencia y la imaginación que en la deificación de la razón, en el escepticismo estoico que en el progreso positivista, en el realismo hispano que en el idealismo germano...

Pero si este talante filosófico inherente a nuestra tradición no ha podido consolidarse, ya no digamos en la dimensión global sino en el propio subcontinente, no es porque carezca de méritos sino por un sentimiento de inferioridad intelectual que merodea en nuestros países que nos lleva a mirar nuestra tradición con desdén y a hurgar en los centros dominantes de producción intelectual. Así ha sido en el pasado y ahora también, dada la hegemonía del modelo cientificista neoliberal dominante y la tiranía del inglés en la producción académica. El resultado es una pobre escolástica para consumo interno de la cual muy poco se puede rescatar. En suma, salvo honrosas excepciones, los cultivadores de

---

<sup>31</sup> I. Stavans e I. Jaksic, *¿Qué es la hispanidad? Una conversación*, Chile, FCE, 2011.

<sup>32</sup> Coincidimos aquí con Escalante Gonzalbo cuando sostiene que: “No hay ninguna definición seria de los términos ‘blando’ y ‘duro’. La expresión tiene utilidad retórica, nada más —básicamente para descalificar a las ciencias sociales”. F. Escalante Gonzalbo, *Se supone que es ciencia. Reflexiones sobre la nueva economía*, México, El Colegio de México, 2016.

las ciencias sociales y las humanidades en nuestros países están habituados a realizar malas copias de lo que consumimos de otras latitudes.

De esta manera, estamos importando implícitamente los vicios de la academia estadounidense, como el fetichismo con los métodos formales y estadísticos, la especialización en temas cada vez más irrelevantes y que nada tienen que ver con los grandes problemas nacionales, la descalificación por sistema de todo lo que no cumple con sus propios estándares metodológicos, etcétera. Es obvio que el afán imitador tanto de burócratas *desacademizados* como de académicos burocratizados les impide reconocer las desventajas de proceder así. Copiar patrones no es, necesariamente, una buena idea. Por el contrario, como señala José Antonio Aguilar Rivera:

Hallarse en los márgenes debería significar una mayor oportunidad para la innovación, la experimentación y la diversidad. La tiranía del mercado no siempre es positiva. Sin embargo, en los enclaves lo que reina es un espíritu de conformidad. Imitar es lo que proporciona *status*. El problema es que al proceder de esta manera corremos el riesgo de adoptar, como criterios infalibles, meras modas teóricas provincianas que pueden resultar irrelevantes al final del día.<sup>33</sup>

En la América hispana han tenido cabida todas las corrientes y los paradigmas europeos y anglosajones, desde el marxismo hasta el positivismo, desde el utilitarismo hasta el cientificismo, desde el anarquismo hasta el comunitarismo, y un interminable etcétera. Y es en el seno de estas corrientes y paradigmas que se han movido nuestros estudiosos en las ciencias sociales y las humanidades. El resultado ha sido más bien pobre: intentos forzados de encajar nuestro espesor cultural en modelos creados y pensados para realidades muy distintas a las nuestras; explicaciones orientadas más por las modas intelectuales que por un interés genuino de investigación; descripciones superficiales que poco ayudan a comprender la complejidad de nuestra realidad; visiones sumamente academicistas sin conexiones inmediatas con la realidad social. En fin, nuestras academias le han dado la espalda a nuestra propia tradición de pensamiento.

#### La conjura de los necios

Pero volviendo a las ciencias sociales y las humanidades en el México actual, moldeadas por los criterios fijados por el CONACYT y la SEP, no existe evidencia alguna de que la producción de los científicos sociales mexicanos sea altamente consultada (y mucho menos citada) por el simple hecho de figurar en los dos repositorios de información científica propiedad de las dos empresas oligopólicas que comercializan la ciencia en el mundo: Journal Citation Reports (JCR) y Scimago Journal Rank (SJR), de la Web of Science y la Elsevier, respectivamente.

Basta revisar los resultados de la evaluación más reciente a la hemeroteca virtual SciELO-México para constatarlo. Según esta evaluación, solamente 78 de 128 revistas de investigación científica mantienen registro vigente en la Web of Science, a través de SciELO

---

<sup>33</sup> J.A. Aguilar Rivera, "El enclave y el incendio", *Nexos*, México, núm. 373, enero de 2009, pp. 79-82.

Citation Index-WoS. Las cifras recientes indican que el 61 por ciento de las revistas mexicanas han quedado fuera por no cumplir el requisito de periodicidad.<sup>34</sup>

Así las cosas, conviene recordar las palabras de Philip Oxhorn, profesor en la Universidad de McGill, quien lamenta que la revolución tecnológica orientada a la comunicación de la ciencia no haya cumplido una de sus expectativas fundamentales: permitir la explosión de puntos de vista y perspectivas académicas alternativas; por el contrario: “los intercambios de investigación entre los países de América Latina a Estados Unidos permanecen sorprendentemente limitados”. Por lo tanto, señala, “la academia es mucho más que sólo aspirar a tener la mayor cantidad de citas en las revistas. Igualmente importante, nuestro trabajo necesita ser leído”.<sup>35</sup>

En efecto, Oxhorn llama la atención sobre un punto crucial: debido a la hegemonía del cientifismo en la academia, el interés que llegan a tener algunos científicos sociales y humanistas mexicanos por otros países, sobre todo Estados Unidos, contrasta con el desinterés que tienen académicos de esos mismos países sobre nuestra realidad, pese a nuestros esfuerzos por publicar en inglés.

En virtud de ello, sería interesante averiguar, por ejemplo, cuántos científicos sociales estadounidenses estarían dispuestos a escribir en español y publicar en revistas de investigación editadas en Hispanoamérica. Lo más seguro es que la mayoría no estaría dispuesta a sacrificar su idioma para entablar un verdadero diálogo con sus pares del subcontinente. Por esta razón, el intercambio intelectual entre las inteligencias de ambas regiones siempre ha sido insuficiente y superficial.

Si de por sí la relación de México con Estados Unidos ha sido conflictiva en muchos sentidos, el modelo de comunicación científica dominante en ambos países no ha propiciado mejores condiciones para un diálogo genuino que nos permita reconocer lo que nos une y separa. De esto deberían tomar conciencia los burócratas que con sus decisiones en política científica ningunean nuestra propia cultura. Así como para los aztecas la verdadera aniquilación de su cultura se debió fundamentalmente a las supersticiones de su casta de sacerdotes, así para los académicos mexicanos la despersonalización de sus creaciones se debe a las fantasías científicistas de su casta burocrática.

El hecho es que los científicistas ortodoxos parecen olvidar una regla fundamental para escritores y ensayistas: la única manera de llamar la atención de públicos distintos a los que pertenecemos por idioma y cultura es escribiendo desde y sobre lo local, en nuestra lengua, siendo fieles a lo que nos constituye y condiciona, no imitadores ni traductores compulsivos de los que nos llega de fuera. Primero es la obra y luego, si ésta es genuina y original, vendrán sus reverberaciones *extra fines*. Como diría el maestro Octavio Paz “sólo desde lo local se alcanza la universalidad”.<sup>36</sup> Y si alguien es la constatación irrefutable de ello es precisamente el gran poeta mexicano.

#### Una reflexión inconclusa

---

<sup>34</sup> Este reporte está disponible para suscriptores de SciELO en su página electrónica: [www.scielo.org](http://www.scielo.org).

<sup>35</sup> R. Bartra. “Las revistas científicas en la revolución digital...”, *cit.*

<sup>36</sup> E. M. Santí, “Entrevista a Octavio Paz”, *Letras Libres*, 31 de enero de 2005 [<http://www.lettraslibres.com/mexico-espana/entrevista-octavio-paz>].

¿Por qué y para quién hacer investigación en ciencias sociales y humanidades?, ¿cuál es la función social de la investigación que producimos los científicos sociales y los humanistas? Preguntas como estas resultan irrelevantes a los burócratas *desacademizados*, quienes no se caracterizan, precisamente, por poseer una vasta cultura. Lejos de ello, repiten hasta la saciedad el credo conceptual de las ciencias económico-administrativas impuesto por la pedagogía neoliberal, siempre más cercana a la empresa y el mercado que al quehacer sustantivo universitario; al quehacer cultural entendido como un bien intangible que debemos preservar y difundir, lo cual nos lleva a la tensión conflictiva entre cultura y ciencia.

Mientras que los burócratas se han decantado por el cientificismo ramplón, a los académicos nos corresponde, sin dejar de hacer investigación seria, defender la cultura en lengua española, para lo cual conviene recordar, de nuevo, al gran Alfonso Reyes:

Si el orbe hispano de ambos mundos no llega a pesar sobre la tierra en proporción con las dimensiones territoriales que cubre, si el hablar en lengua española no habrá de representar nunca una ventaja en las letras como en el comercio, nuestro ejemplo será el más vergonzoso de ineptitud que pueda ofrecer la raza humana.<sup>37</sup>

En conclusión, los académicos mexicanos no deberíamos renunciar a nuestro idioma ni dejar de ocuparnos de nuestras problemáticas concretas, culturalmente diferenciadas, ni darle la espalda a nuestra rica tradición ensayística. Parafraseando el título de un conocido ensayo de Rudiger Safranski, (*¿Cuánta globalización podemos soportar?*),<sup>38</sup> llegó la hora de que los académicos mexicanos nos preguntemos: ¿cuánto neoliberalismo cientificista podemos soportar? Siempre será saludable para los espíritus libres y críticos verse en los ojos de otros. En ese sentido, lo que han hecho nuestros pares colombianos respecto a esta calamidad burocrática dignifica al gremio y le devuelve esperanza a la cultura hispanoamericana en el concierto universal de las culturas.

#### Referencias

- Aguilar Rivera, J.A. (2009), "El enclave y el incendio", *Nexos*, México, núm. 373, enero, pp. 79-82.
- Aguilar Rivera, J.A. (2015), *Aire en libertad. Octavio Paz y la crítica*, FCE/CIDE.
- Alperin, J.P. y C. Rozemblum (2017), "La reinterpretación de visibilidad y calidad en las nuevas políticas de evaluación de revistas científicas", *Aprende en Línea*, Bogotá, vol. 40, núm. 3, pp. 1-11 [<https://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/RIB/article/view/327794/20785493>].
- Bartra, R. (2015), "Revista Mexicana de Sociología", Mesa redonda: "El futuro de las revistas de ciencias sociales", México, vol. 77, suplemento, julio.
- Bauman, Z. (2000), *Modernidad líquida*, México, FCE.
- Borja Bedoya, E. y A. Insuasty Rodríguez (2016), "Revistas de pensamiento y el nuevo modelo de medición de revistas en Colombia", *V8*, núm. 2, julio-diciembre, pp. 122-

<sup>37</sup> A. Reyes, *Simpatías y diferencias*, en *Obras Completas*, vol. VI, México, FCE, 1956, p. 99.

<sup>38</sup> R. Safranski, *¿Cuánta globalización podemos soportar?*, Madrid, Tusquets, 2004.

- 127 [www.researchgate.net/publication/316116458\_Revistas\_de\_pensamiento\_y\_el\_nuevo\_modelo\_de\_medicion\_de\_revistas\_en\_Colombia].
- Cansino, C. (2010), *La muerte de la ciencia política*, México, Debate.
- Cansino, C. (2012), "La chatarrización de la ciencia. El caso de México", *Transatlántica de Educación*, México, Embajada de España en México, vol. 7, núm. 11, julio-diciembre, pp. 46-60 [existe una versión electrónica en: [textoshereticos.wordpress.com/2012/02/10/la-chatarrizacion-de-la-ciencia/](http://textoshereticos.wordpress.com/2012/02/10/la-chatarrizacion-de-la-ciencia/)].
- Cansino, C. (en prensa), *Caja sin pandora. Prefacio a la muerte de la Universidad*, México, BUAP/Juan Pablos Editores.
- Chomsky, N. (2013), "El trabajo académico, el asalto neoliberal a las universidades y cómo debería ser la educación superior", *Bajo el Volcán*, México, BUAP, vol. 13, núm. 21, pp. 121-134.
- Escalante Gonzalbo, F. (2015), *Historia mínima del neoliberalismo*, México, El Colegio de México, pp. 11-12.
- Escalante Gonzalbo, F. (2016), *Se supone que es ciencia. Reflexiones sobre la nueva economía*, México, El Colegio de México.
- Fals Borda, O. (1997), *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, Valencia, Valencia Editores.
- Follari, R. (1999), "Problematizing Interdisciplinarity. The Totalizing Tentation", Ponencia en el Coloquio: "Social Sciences and Transdisciplinarity: Latin American and North American Experiences", Centre for Development Area Studies, Mc Gill University, Montreal, septiembre.
- Galindo, C.A., J. F. Gómez y M.A. Rodríguez (2015), "Repercusión del proyecto neoliberal en la Educación Superior", *Ágora USB*, Medellín, vol. 15, núm. 1, enero-junio, pp. 73-94.
- Kuhn, T.S. (1981), *La estructura de la revolución científica*, México, FCE.
- Lomnitz, C. (2016), "México debe sacudirse 'la tutoría' de Estados Unidos", Entrevista a Claudio Lomnitz, *La Jornada*, México, 12 de noviembre [<http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2016/11/12/mexico-debe-sacudirse-la-tutoria-de-estados-unidos>].
- Maestre, A. (2009), *Viaje a los inferos americanos*, Madrid, INFOVA.
- Martín-Barbero, J. (2003), "Transdisciplinarietà. Notas para un mapa de sus encrucijadas cognitivas y sus conflictos culturales", Ponencia en el Congreso Internacional: "Nuevos paradigmas transdisciplinarios en las ciencias humanas", Universidad Nacional, Bogotá, abril.
- Merquior, J.G. (1989), "El otro Occidente. Un poco de filosofía de la historia desde Latinoamérica", *Cuadernos Americanos*, México, UNAM, núm. 13, pp. 9-23.
- Pérez Tamayo, R. (2016), "¿Qué es la ciencia?", *Crónica*, México, 12 de abril, p. 3.
- Porter, L. (2003), *La Universidad de papel. Ensayos sobre la educación superior en México*, México, UNAM.
- Reyes, A. (1956), *Simpatías y diferencias*, en *Obras Completas*, vol. VI, México, FCE, p. 99.
- Reyes, A. (1977), *Apuntes para una teoría literaria*, en *Obras Completas*, vol. XV, México, FCE, p. 58.
- Rouquié, A. (1987), *América Latina. Introducción al extremo Occidente*, México, Siglo XXI.
- Safranski, R. (2004), *¿Cuánta globalización podemos soportar?*, Madrid, Tusquets.

- Santí, E.M. (2005), "Entrevista a Octavio Paz", *Letras Libres*, 31 de enero [<http://www.letraslibres.com/mexico-espana/entrevista-octavio-paz>].
- Serna, E (2015), *Genealogía de la soberbia intelectual*, México, Debolsillo.
- Sheridan, G. (1997), "El SNI debe desaparecer", *La Jornada Semanal*, México, 1 de junio, pp. 7-10.
- Souza Santos, B. de (2009), *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, Montevideo, Trilce.
- Souza Santos, B. de (2009), *Una epistemología del Sur*, México, Siglo XXI/CLACSO.
- Souza Santos, B. de y N. de Almeida Filho (2009), *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad*, Sao Paulo, Miño y Dávila Editores.
- Stavans I, e I. Jaksic (2011), *¿Qué es la hispanidad? Una conversación*, Santiago de Chile, FCE.